



# Historia y literatura

TRES CONTEXTOS: CONQUISTA, REFORMA  
Y REVOLUCIÓN

**Ludivina Cantú/Oscar Tamez/  
José Luis Cavazos/Celso José Garza  
(Coordinadores)**

**Cuadernos del  
CEH Núm. 10**

# Historia y literatura.

Tres contextos:  
Conquista, Reforma  
y Revolución

**Ludivina Cantú / Óscar Tamez / José  
Luis Cavazos / Celso José Garza  
(Coordinadores)**

Serie: Cuadernos del Centro de Estudios Humanísticos

Núm. 10



Santos Guzmán López  
*Rector*

Juan Paura García  
*Secretario General*

Celso José Garza  
*Secretario de Extensión y Cultura*

Humberto Salazar Herrera  
*Director de Historia y Humanidades*

César Morado Macías  
*Coordinador del Centro de Estudios Humanísticos*

907  
C233h

Cantú, Ludivina; Óscar Tamez; José Luis Cavazos; Celso José Garza (Coords.)  
Historia y literatura. Tres contextos: Conquista, Reforma y Revolución. Ludivina  
Cantú / Óscar Tamez / José Luis Cavazos / Celso José Garza (Coordinadores).  
Monterrey, N.L.: Centro de Estudios Humanísticos, UANL, 2021.  
240p. (Colección Cuadernos del CEH Núm. 10)

1. Historia – Literatura y crítica 2. Literatura – México 3. México –  
Discurso histórico y de ficción

©Universidad Autónoma de Nuevo León

ISBN 978-607-27-1614-8

Centro de Estudios Humanísticos. Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías, Av.  
Alfonso Reyes No. 4000 Nte. Col. Regina, C.P. 64290, Monterrey, Nuevo León,  
México. [www.ceh.uanl.mx](http://www.ceh.uanl.mx).

Derechos reservados. Se permite la reproducción parcial para fines académicos  
citando la fuente.

Impreso en Monterrey, Nuevo León, México.

# ÍNDICE

<b>Introducción</b>	<b>9</b>
<b>I. Historia y Literatura</b>	<b>13</b>
1. <b>Hechos, estructuras y ficciones en la Historia</b> / <i>José Luis Cavazos Zarazúa</i>	<b>13</b>
2. <b>La Literatura como fuente para la Historia</b> / <i>Óscar Tamez Rodríguez</i>	<b>23</b>
3. <b>Historia y Literatura: una relación de copresencia en un cuento de Juan Rulfo</b> / <i>Ludivina Cantú Ortiz</i>	<b>35</b>
4. <b>Historia y Literatura. La imagen de Santiago Vidaurri en la novela <i>Los confines del fuego</i> de Hugo Valdés</b> / <i>César Morado Macías</i>	<b>57</b>
5. <b>Literatura distópica de la posguerra en tres obras: <i>1984</i>, <i>Fahrenheit 451</i> y <i>La Naranja Mecánica</i> (1948-1962)</b> / <i>José Aldahir Castillo Rodríguez</i>	<b>69</b>
<b>II. La Conquista</b>	<b>93</b>
6. <b>La Iglesia durante y después de la conquista española</b> / <i>Juan Carlos Tolentino Flores</i>	<b>93</b>
7. <b>Filosofía de dependencia, una escolástica medieval en la Nueva España en los siglos XVI-XVIII</b> / <i>Mayra Janeth Flores Ramírez</i>	<b>105</b>
8. <b>El nacimiento del purgatorio: Una historia estructuralista de larga duración en la obra de Jacques Le Goff</b> / <i>Javier Rodríguez Cárdenas</i>	<b>111</b>

<b>III.</b>	<b>La Reforma</b>	<b>127</b>
	<b>9. El proyecto educativo liberal durante la Reforma / <i>Érika Armas Madrigal</i></b>	<b>127</b>
	<b>10. La búsqueda del reconocimiento y las amenazas europeas: Las bases sobre las cuales se negoció el Tratado McLane-Ocampo / <i>Saúl López Bautista</i></b>	<b>137</b>
<b>IV.</b>	<b>La Revolución</b>	<b>149</b>
	<b>11. La situación de “no-yo” en autobiografías escritas por mujeres del noreste que abordan el tema de la Revolución Mexicana / <i>Nora Elvia Cruz Camacho / Rosa María Gutiérrez</i></b>	<b>149</b>
	<b>12. Las escuelas regiomontanas durante las luchas revolucionarias / <i>Juana Idalia Garza Cavazos</i></b>	<b>161</b>
	<b>13. Las profesoras en las escuelas secundarias de Monterrey: Entre el reconocimiento y el olvido / <i>Gabriela Guerrero Hernández</i></b>	<b>177</b>
	<b>14. Discursos historiográficos sobre la violencia en la Revolución Mexicana / <i>Enrique Pérez Castro</i></b>	<b>189</b>
	<b>15. Lo que se dice y no se dice del señor Reyes. Análisis del discurso de los periódicos antirreyistas de 1903 / <i>Juan Jacobo Castillo Olivares</i></b>	<b>201</b>

# I. HISTORIA Y LITERATURA

## 1. Hechos, estructuras y ficciones en la Historia

José Luis Cavazos Zarazúa  
Facultad de Filosofía y Letras de la UANL

HACE POCO MÁS DE MEDIO SIGLO que el historiador francés Michel de Certeau diagnosticó el inicio de las ciencias humanas, precisamente cuando la religión perdió la certeza de explicar los orígenes humanos, mediante lo que él llamó la ruptura instauradora en los confines de la modernidad. A partir de este proceso la disciplina histórica se convirtió en la ciencia humana por antonomasia objetiva al separarse de la literatura, es decir, de la ficción.

Sin embargo, a pesar de lo anterior, en la segunda mitad del siglo XX una serie de autores como Michel Foucault, Paul Veyne y Levi Strauss, insistieron en el componente ficcional del conocimiento histórico (White, 1992). Y Michel de Certeau, en la década de los setenta colocó a la historia en un saber entre dos: ciencia y ficción. Pero cómo empezó a configurarse el conocimiento histórico como un saber objetivo, verdadero, riguroso, independiente del conocimiento literario y filosófico, y cómo, a su vez, nunca perdió su carácter literario, según el planteamiento de este escrito. Para responder a esta cuestión, se presentará un somero panorama de algunos momentos cruciales de la historia de la Historia.

El primer momento de la historiografía o primera visión científica de la disciplina se fundó con la escuela alemana, de la cual se creó la ciencia histórica. De esta corriente histórica, representada principalmente por el historiador Leopoldo Von Ranke (1795-1886), autor del libro *Pueblos y Estados en la*

*Europa Moderna*, de 1824 (Ranke, 1979), entre otros textos, se puede decir que se conforma el núcleo central de los componentes principales que contienen la mayor parte de las perspectivas historiográficas posteriores.

Fue en el siglo XIX cuando aparece la historia científica elaborada principalmente por el influjo de Ranke. Su obra no es la de un genio inventor de una nueva propuesta, sino más bien fue “el carácter de la institución en la que se inscribe su operación de fabricar una nueva historia” (Zermeño, 2010, 88). Comenta Zermeño que fue en 1825 cuando Ranke es invitado por Humboldt y Savigny para que compartiera sus enseñanzas en la Universidad de Berlín. Es ahí, en el marco de la institución universitaria donde el historiador alemán aprovecha la institución para desarrollar un método moderno de hacer historia que consiste en la crítica documental para extraer los hechos de ellos. Esta nueva identidad de la historia tenía como propósito diferenciarse de la literatura, la teología, la filosofía y el derecho, disciplinas en la que estaba alojada la historia tradicional.

El filósofo de la historia, Jenkins (2006), plantea los tres principios fundamentales de la teoría de la historia de Ranke, que apoyaron a establecer la separación de la historia de la literatura y la filosofía, los cuales son: el primero, contar lo que realmente sucedió, lo que implica no superar el contenido filosófico de la historia, ya que conlleva a encontrar la esencia del pasado. Para él, el único oficio capacitado para tal cuestión es la del cronista ideal, planteamiento dado a conocer por A. Danto en 1962, el cual puede describir las cosas del pasado sin realizar ninguna interpretación de los hechos. En este sentido, sólo puede haber hechos o acontecimientos en la descripción de éstos. Cuando el historiador realiza interpretaciones, establece correlaciones de los acontecimientos, procesos, hipótesis o principios como el de que la causalidad histórica funda la ficción en historia.

El segundo principio que señala Jenkins de Ranke es que el pasado no debe ser juzgado, en otras palabras, el historiador debe ver el pasado desde el pasado mismo, y no en los términos del presente. En este sentido, Ranke será el primer historiador que de

manera determinante construirá una concepción de la historia objetiva y verdadera. Enseguida una descripción de esto: “Desearía que enmudeciese por completo mi voz propia para dejar hablar de por sí a los hechos... trato simplemente de exponer cómo ocurrieron en realidad las cosas. Busco la verdad escueta, sin ningún adorno...sin nada de fantasía...sin nada de imaginaciones” (citado en Luis González y González, *Sobre la invención en historia*, 2015).

Dicha cuestión funda la creencia de la objetividad del conocimiento histórico, es decir, creer que el historiador no involucra sus afectos, identidad y valores en la escritura de la historia. Dicho ideal de la ciencia histórica es completamente imposible, ya que el interés por el pasado aparece en las problemáticas del presente. En este sentido, la principal cuestión a enunciar es que el trabajo del historiador consiste en construir o poner en escena contextos pasados desde su presente, es decir, en la reconstrucción de la historia siempre se da una relación del presente con el pasado, y, es aquí donde comienzan los problemas epistemológicos de reflexión teórica y metodológica de la historia.

Asimismo, el tercer principio de la teoría de la historia de Ranke, posiblemente el más importante y el que más ha trascendido en la historiografía, es el de las pruebas documentales en las que debe basarse el historiador para construir el pasado tal como fue. Para mostrar lo que ha ocurrido en realidad, el historiador debe descifrar mediante la filología las fuentes primarias y originales del pasado que se encuentran en los archivos para develar los hechos. Aquí ya no se tratará de una historia como ejemplaridad para el presente, de enseñarle al presente el pasado para la construcción de un futuro, pues es, simplemente, la indagación de hechos tal como estos ocurrieron. Se trata de una noción de realidad del pasado que no se fundamenta en la tradición oral, documentos apócrifos, la autoridad de la Biblia y los textos clásicos (Zermeño, 2010).

Sin embargo, comenta Zermeño (2010) que el tratamiento de fuentes para Ranke no se circunscribía a concebir el documento

como una ventana al pasado, sino que se debía hacer la crítica documental para el establecimiento de los hechos. Esta operación consistía para el historiador alemán en revelar lo verdadero de lo falso de los documentos; pero además, en historia no se trata sólo de recopilar textos y extraer los hechos de ellos, sino de comprender y explicar lo ocurrido, en términos de causas y efectos. Es decir, la historia debe explicar las causas de los hechos, las razones de por qué unos pueblos avanzan y otros se acaban, como explicó Ranke en algunas de sus obras.

No obstante, el propio Ranke (1979) acepta de alguna manera la relación de la historia con la literatura: “La historia forma parte de la literatura, pues su misión consiste en hacer ver de nuevo cómo ocurrieron los sucesos y cómo eran los hombres del pasado” (p.p. 514-515). De la misma manera, el empleo de recursos literarios para elaborar la narrativa, cuando en la consulta de las fuentes se presentan hechos inconexos a los cuales hay que darles conexión y sentido. Hasta en la propia documentación sobre un tema aparecen desfasajes o lagunas que impiden establecer series causales que mediante la imaginación o ficción el historiador las resuelve. En esto hay algo de invención en la historia. Sobre todo cuando Ranke plantea que el verdadero historiador debe pasar del examen concreto de los hechos a elaborar una visión general de los mismos, como una historia universal.

En otras palabras, aunque este historiador proponga sustituir las antiguas formas de escritura de la historia, instituyó otras de dimensión literaria, por ello reconoce que la historia forma parte de la literatura (Zermeño, 2010).

La influencia de Ranke la podemos observar en el manual *Introducción a los estudios históricos* (1898) de Langlois y Seignobos, el cual algunos lo han denominado el perfecto manual del historiador positivista (Carbonell, 1986). Los conceptos centrales de este texto son erudición, heurística, crítica interna y externa de los documentos. Pero sobre todo, al inicio del mismo, señala que la historia se escribe con documentos.

En el mismo siglo XIX, W. Dilthey, en su *Introducción a las ciencias del espíritu*, reaccionó ante los planteamientos más

positivistas de Ranke, al proponer como método para la historia la empatía, que consiste en ponernos en el lugar del otro, en sus circunstancias, o bien para comprender al otro es necesario preguntarnos qué hubiéramos hecho nosotros en sus circunstancias históricas (Mardones, 2010). Dichas propuestas de índole hermenéutica se desarrollarán y se diferenciarán en el siglo XX por autores como G. H. Gadamer y P. Ricoeur.

Los orígenes de un segundo momento historiográfico se dieron a principios del siglo XX, cuando F. Simiand (1903) planteó la teoría de los ídolos del historiador: cronológico, político, individual, pensados a partir de una historia dedicada a temas políticos, militares y diplomáticos (Burke, 1996). Dicha teoría provocó resonancia en todo el siglo, por ejemplo, en Henri Berr, en su obra *La Síntesis en Historia* (1911), la cual planteó que para que la historia fuera realmente científica debía ocuparse de los temas de la vida; cuestión que J. Michelet a mediados del siglo XIX había planteado.

Este segundo movimiento importante de la historia en realidad fue una revolución que se dio en Francia en 1929, a partir de la fundación de la revista de los Annales, que comprendió momentos:

1. Annales de Historia Económica y Social (1929-1946). M. Bloch, L. Febvre
2. Annales. Economía, Sociedad y Civilización (1946-1994). F. Braudel, G. Duby y J. Le Goff.
3. Annales. Historia y Ciencias Sociales (1994 a la fecha). R. Chartier.

Los principales planteamientos de dicha revista fueron los de cuestionar radicalmente la historia positivista de los acontecimientos de los historiadores alemanes del siglo XIX en cuanto a las fuentes, ya que proponen que se considere a todo vestigio cultural como fuente para la historia; la interdisciplinariedad, particularmente con las ciencias sociales; la historia-problema, que es plantear problemas e hipótesis a resolver; y la historia total o de la totalidad social, ya no de un individuo, sino de la sociedad.

Retomando los últimos dos planteamientos, la historia como problema o el planteamiento de hipótesis en historia, lo formuló muy bien L. Febvre (1953), tratando de superar la narratividad de los historiadores alemanes con el propósito de hacer una historia más apegada al método de las ciencias. El segundo planteamiento es propuesto en *El oficio del historiador* de M. Bloch (1944), cuando define a la historia como el estudio científico de las sociedades del pasado; para ello plantearon la interdisciplinariedad de la historia con las ciencias sociales como la sociología, la psicología colectiva, la antropología, la economía (cliometría, de Ernest Labrousse), la geografía y la lingüística. De esta última disciplina, el texto de Febvre *La religión de Rabelais. El problema de la incredulidad en el siglo XVI* (Burke, 1996), es un buen ejemplo.

En la época de F. Braudel también se reflexionó en torno al tiempo y este historiador propuso el concepto de larga duración, el tiempo medio y el de los acontecimientos o microhistoria (Braudel, 2002). Desde la larga duración se puede concebir una historia estructural que se basa en una historia total o de la totalidad que considera las distintas dimensiones de la sociedad, entre ellas las económicas, sociales, políticas y culturales, es decir, investigar el objeto y buscar los nexos de éste con la totalidad social de la que forma parte. El planteamiento era marxista, la base económica era determinante de todo lo demás.

Para la historia de larga duración el recurso predilecto es la informática, con la cual se hace posible el análisis de series temporales estables. Con la informática se hará posible el sueño de la objetividad en la historia, pues con ella los historiadores pensaron que por fin descartaban de la historiografía los recursos retóricos de las metáforas y metonimias, al lograr dominar la estadística, explicar regularidades de los procesos y determinar periodos históricos a partir de las curvas de correlaciones entre variables. Para De Certeau, dicha implementación matemática en la historia se volverá una “retórica de las cifras”, su implementación en la historiografía “será otra manera de asistir a los regresos de la ficción en una práctica científica” (De Certeau, 2003, p. 9).

Un buen ejemplo de la historia estructuralista la proporciona Pierre Vilar en el libro *Iniciación al vocabulario del análisis histórico* (1980), quien revisa a fondo los conceptos de estructura, coyuntura, clase social y capitalismo.

La mencionada historia estructuralista y marxista se verá en crisis debido a un nuevo giro en la historiografía, lo cual ocasiona que las ciencias sociales en general y la historia en particular, se vean también en crisis. Las corrientes históricas pierden su unidad, se fragmentan en diversas perspectivas, las cuales multiplican los métodos de investigación, los objetos, las historias. Chartier (1997) define esto como una pérdida de certezas, en torno a:

1. La cuantificación o cliometría.
2. Los modelos explicativos como el marxismo y el estructuralismo.
3. Nociones teóricas o analíticas como mentalidad, clase social, cultura popular.

Asimismo, se da el reconocimiento del papel del lenguaje en la reconstrucción de la historia, el llamado giro lingüístico. Lo que conlleva a plantear en la nueva teoría de la historia la negación de que el discurso histórico se refiera a un pasado real, tal como ocurrió, en el sentido rankeano.

Posiblemente, esta consideración sobre la historia, según Chartier (2007), es el resultado de la publicación de tres obras fundacionales respecto a las relaciones de la historia con la literatura: *Cómo se escribe de historia*, de Paul Veyne (1971), autor que piensa la historia como un relato que en la historia se llama explicación y que no es más que la forma que tiene la historia que fabrica el historiador al organizarla en una trama comprensible. *Metahistoria*, de Hayden White (1973), quien destaca las formas estructurales de la imaginación histórica, con cuatro figuras de la retórica: metonimia, sinécdoque, metáfora e ironía. También autor de *El texto histórico como artefacto literario* (1974). Y la *Escritura de la historia*, de Michel de Certeau (1975). La operación historiográfica se hace desde un

lugar (sociedad), es una práctica científica, pero además es una escritura en donde los recursos literarios juegan un papel primordial.

A principios del siglo XXI, Paul Ricoeur publica *La memoria, la historia y el olvido* (2000), en donde se destaca el concepto de representación historiadora, texto del que se obtiene una definición de la historia como un discurso del presente que trata sobre el pasado y que funciona en nuestra sociedad como representación del pasado perdido por la ruptura instaurada de la modernidad. Es por esta razón que la escritura de la historia no es otra cosa que un acto reflexivo desde el presente y, por tanto, el discurso historiográfico moderno es también la representación que la sociedad se hace sobre sí misma.

La respuesta a la crisis es superada por la aparición de nuevas tendencias históricas como la microhistoria (paradigma indiciario) (reducción de la escala de observación), estudios de caso, diversificación de objetos, métodos de investigación y la historia conceptual de Kosellek, que formula la imposibilidad de la historia como maestra de vida por la diferencia radical entre el pasado y el presente. Rechaza la propuesta del compromiso del historiador y la imposibilidad de la historia total por la semántica de los conceptos históricos. En su lugar aparece una diversidad de enfoques historiográficos como la microhistoria de C. Ginzburg y de temas que el historiador F. Dosse diagnosticó como historia en migajas, por abordar diversidad de objetos de estudio como la locura, la sexualidad, las mujeres, la infancia, la muerte, el purgatorio, el año mil, etcétera.

En otro contexto la publicación de obras como *El problema de la conciencia histórica* (1959), y *Verdad y Método* (1960) de Gadamer, procurarán establecer el reconocimiento de la diferencia entre el pasado y el presente; y proponen los conceptos prejuicios, tradición y fusión de horizontes para la interpretación histórica. Pero es J. Derrida quien propone una separación radical entre el pasado y el presente.

Finalmente, en *Fantasmas de la narrativa historiográfica*, Edmundo O Gorman (1991), criticará algunos de los conceptos

centrales en los que se sostiene la historiografía contemporánea como el esencialismo, la causalidad histórica y la desconfianza en la imaginación. Cuestiones que al superarse terminarían por aceptar la relación entre la historia y la literatura.

## FUENTES CONSULTADAS

- Bloch, Marc (1998). *Apología para la historia o el oficio de historiador*. México: FCE.
- Braudel, Fernand (2002). *Las ambiciones de la historia*. Barcelona: Crítica.
- Chartier, Roger (1997). *Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero*. México: Universidad Iberoamericana.
- Chartier, Roger (2007). *La historia o la lectura del tiempo*. Barcelona: Gedisa.
- De Certeau, Michel (2003). *Historia y psicoanálisis*. México: UI.
- Febvre, Lucien (1993). *Combates por la historia*. Barcelona: Planeta.
- Jenkins, K. (2006). *¿Por qué la historia?* México: Fondo de Cultura Económica.
- Mardones, J. M. (2010). *Filosofía de las ciencias humanas y sociales. Materiales para una fundamentación científica*. México: Antrhupos.
- Olivier Carbonell, Charles (1986). *La historiografía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ranke, von Leopold (1979). *Pueblos y Estados en la Europa Moderna*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, Paul (2010). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.

*Ludivina Cantú/Oscar Tamez/José Luis Cavazos/Celso José Garza (Coords.)*

White, Hayden (1992). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

Zermeño Padilla, Guillermo (2010). *La cultura moderna de la historia, una aproximación teórica e historiográfica*. México: El Colegio de México.